

109

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julian).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).—Zelaya (don Ramón).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 2^a

NUM. 24.

San José, 20 de Marzo de 1891.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

El Gran Galeoto.

SONETO.

*Leve rumor agita el manso viento,
Resuena ya cercano con más ruido,
Y al fin atruena el monte estremecido
El huracán con su ímpetu violento;*

*La añosa encina, el álamo opulento,
La gallarda palmera, todo hundido
En confuso montón queda derruido
Bajo el embate asolador del viento.*

*Así la vil calumnia, ese terrible
Dicen que dicen, que naciendo oscuro
Bajo el social anónimo se oculta,*

*Se extiende poco á poco irresistible,
Y destrozando el corazón más puro,
Sin piedad en el fango lo sepulta.*

Carlos Gagini.

SUMARIO.

EL GRAN GALEOTO, poesía por Carlos Gagini.—LA ODA AL NIÁGARA, por Francisco Gavidia.—TRES CORONAS, por Antonio Zambrana.—POLÍTICA EUROPEA, por Ogal.—EL SARGENTO GERARD, por Carlos Gagini.—DOS SONETOS, por Germán Leguía y Martínez.—SILVIA, por F. F. Noriega.—A LA PALMA, por Juan F. Ferraz.—EL CHIQUILLO ESPÍA, por A. Daudet.—CONFITEOR, por M. J. Almodóbar.—ELLOS, por Rafael Obligado.

La Oda al Niágara.

Don Ramón Vereá en un juicio crítico que ha publicado hace poco sobre la *Oda al Niágara* de Heredia, (véase EL PROGRESO, Revista quincenal de Nueva York, Febrero 1º de 1891,) declara que ese poema le parece "una mala medianía, plagada de faltas de todas clases."

Siempre hace fuerza el criterio de autoridad aun en el ánimo del crítico más desenfadado: el gran Heredia tiene en justificación de su celebridad, el voto de escritores eminentes. Don Alberto de Lista le llamó "gran poeta"; le aplaudieron don Juan Nicasio Gallego, lírico insigne y Martínez de la Rosa, insigne retórico.

Si se necesita la autoridad literaria francesa, tenemos á Vileman, si la inglesa á Ampère, si la Alemana á Kennedy.

Asombrado ante la catarata del Niágara, un cubano se deshacía en exclamaciones, cuando se le llegó un inglés que le dijo con la serenidad y seriedad de la raza:

—Vosotros teneis en Cuba algo más grande que el Niágara.

—¿Qué es? preguntó el cubano.

—Heredia.

Más de medio siglo de alabanza ha dado á ese nombre la extraña y poderosa eufonía con que suenan las palabras arrojadas al mundo por la abertura sonora del clarín de la fama. El nombre de Heredia está dotado de esa armonía sobrehumana que tienen los nombres que consagraron, pronunciándolos, los labios de la Gloria; la misma cadencia suena cuando se dice Sucre, Morazán ó Hidalgo, que cuando se dice Bello Batres Montúfar ó Heredia. Son nombres que escritos fulguran y que hablados sinfonizan. Las generaciones al pronunciarlos los penetran de un himno.

"Cuando hace ya muchos años, llegamos á Cuba, (dice el señor Vereá,) oímos hablar de la gran Oda de Heredia como algo sublime, (como de algo sublime), nunca visto. Tantos elogios y la grandeza del asunto excitaron nuestra curiosidad. Conseguimos la Oda; la leímos; la volvimos á leer; y se nos cayó el libro de las manos....."

"Hace poco oímos que habían abierto una suscripción para poner una lápida conmemorativa en la casa donde nació "El sublime cantor del Niágara." Deseamos volver á ver la famosa oda, pero no supimos donde encontrarla."

"Pocos días ha recibimos de Panamá un tomito conteniendo (sic) varias composiciones de *Poetas Americanos*, publicado por el señor Aguirre.

"Entre esos poemas está el de Heredia al Niágara.

"Lo volvimos á leer; lo examinamos con toda detención nos parece una mala medianía, plagada de faltas de todas clases."

"Examinemos."

Examinemos.

"El autor, como muchos poetas ramplones, pide la lira porque después de mucho tiempo siente arder la inspiración en "su alma estremecida y agitada."

La Oda al Niágara fué escrita de 1824.

Muchos buenos y malos poetas pueden haber imitado á Heredia, de entonces acá; mas lo razonable sería que el señor Vereá nombrase á los poetas ramplones que antes que Heredia habían escrito un verso parecido á este:

Dadme mi lira, dádmela, que siento.....

Después de Homero innumerables poetas han invocado á las musas: de ellos los más habrían sido malos: lucido quedaría el crítico que dijese: "Homero, como muchos poetas ramplones, empieza por invocar á la Musa."

Observe el señor Vereá, cómo Heredia, que al igual de Bello, Moratín, Jovellanos y los demás poetas de su tiempo, es neo-clásico, rompe con valentía la entonación arcaica, el torneo imitación del de la frase del siglo de oro, y se separa del gusto de los poetas sus contemporáneos que trataban de asimilarse la sensibilidad de los versos de Calderón y Rioja y de los poetas griegos y latinos. Resultaba la poesía de los neoclásicos una gran poesía erudita, como la de Menéndez Pelayo, cuando ya la lengua española tenía otra compleción y necesitaba florecer en ideas, entonación, frases é imágenes nuevas. En Heredia, como en Quintana, el idioma castellano crece; se insinúa el ritmo del verso modernísimo; el estilo, el tono, la locución de aquel idioma de Meléndez Valdés que contrahacía el estilo, el tono y la locución del siglo diez y seis, se rajan á trechos como crisálidas en que la metamorfosis va á consumarse, y se dejan ver ya los matices vivos que tendrá, dotado de las alas de la palabra española, el verbo resplandeciente de nuestro siglo diez y nueve.

Así la antigua invocación, al romper de la Oda de Heredia, aparece modernizada.

La personalidad, aniquilada en el poeta antiguo que exclama en verso temible:

Dime, Musa, la cólera de Aquiles.....

Se abulta con la idea de la individualidad moderna:

Dadme mi lira, dádmela, que siento.....

Heredia no ha roto la tradición del arte; ese verso suyo es una reminiscencia homérica; Heredia es, con todo, el hombre de su época.

Su influjo sobre el idioma como las ideas que vivificó llevándolas al arte, le caracterizan como á un ingenio eminente, de esos que sintetizan la transición de las épocas: como Andrés Chenier, decía "cosas nuevas en versos antiguos": como Quintana, alguna vez razonaba en poesía, y cuando el filósofo excluye del todo al poeta se siente luego en los versos de ambos, el canto duro de ese riel en que la idea se arrastra pesadamente, la prosa: también, en el poeta español como en el americano, la inspiración á veces arranca el vuelo de tal manera, que allá se ven cerca del sol desplegarse las alas del águila. El señor Vereá no ha hallado si siquiera novedad, dice, en la Oda al Niágara. No es gran cosa mostrarle al señor Vereá, no ya lo nuevo, lo sublime que hay en esa Oda.

Por ahora hay que seguirle el paso al crítico.

Dadme mi lira, dádmela que siento

En mi alma estremecida y agitada .. .

"Lo que se extremece se sabe que no está en reposo, pero era necesario completar el número de las sílabas que ha de tener el verso."

Extremecida no significa lo mismo que

agitada, ni la una idea está contenida en la otra. Si esas palabras se aplican á una sensación moral, como en el verso de que se trata, el estremecimiento y la agitación, son conceptos que dichos el uno en pos del otro fijan sensaciones que han conmovido el ánimo del que contempla la catarata del Niágara: el estremecimiento primero, cuya impresión se mantiene, la agitación que sigue dominando al alma.

"Niágara undoso, tu sublime terror solo podría...." Solo á un poeta pusilánime pudiera causar terror una corriente undosa."

El terror de que se habla es el *terror sublime*. Los griegos decían que la tragedia tenía por objeto mejorar al hombre por el *terror*. Se trata aquí de la sensación artística, de la belleza trágica, de la emoción pura del espíritu, que solo produce la poesía; en una palabra, del *sublime terror* de que habla Heredia. No un poeta pusilánime, un temperamento generoso y fuerte se necesita para que sienta ese terror. *Undoso* es la reminiscencia clásica: en su tiempo fué un adjetivo enérgico.

"Tu sublime terror" El Niágara producirá terror, tal vez por ser *undoso*, pero no puede sentirlo; por consiguiente el terror no es suyo. El poeta no distingue el efecto de la causa."

Nada es más natural que decir: "el horror del combate;" "el terror de la noche" el combate no se horroriza; ni la noche se aterra. El hombre dota las cosas de sus pasiones y de sus sentidos y las hace emocionarse al par suyo.

Dice el señor Vereá:

"Pídele luego al "torrente prodigioso" que se calle, que disipe las "tinieblas" que le circundan para contemplar su "faz serena." Serenidad se necesita para llamar *serena* la faz de una gigantesca cascada que produce un "trueno aterrador."

Penoso es examinar en una Oda como la de Heredia solamente las pequeñeces. Con todo, responderemos á esta última observación del señor Vereá, para luego hacerle notar lo que parece que no ha apercibido.

Al decir en su arrebato el poeta al torrente, copiando una impresión y un deseo que sin duda deben sentirse ante el Niágara:

..... Calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena....

No dijo, como se ve, *tu serena faz* sino *tu faz serena*. Tranquilo, mudo y sin tinieblas, el Niágara aparecería con una faz serena.

Como el señor Vereá subraya la palabra *faz*, creemos que no ha apercibido una gran belleza, propia de un lírico eminente, en esta oda. Heredia personifica. Entiéndase aquí la palabra *personifica* en su sentido propio. Según la Retórica se personifica desde que se dirige la palabra á un objeto inanimado; más algo podría objetarse á esa convención: se puede dirigir la palabra á un objeto sin que todavía le creamos un ser que nos oye. Hasta que le demos aptitudes inteligentes no habremos hecho una personificación. Heredia dirige la palabra desde luego al Niágara. Mas cuando todavía no lo advertimos ya el Niágara ha cobrado una alma digna de su monstruosidad grandiosa. Los griegos habrían hecho un dios de la catarata: Heredia lo hace un genio sin definición, algo como estos seres prodigiosos, entrevistos vagamente por la poesía, de cuya inteligencia poseemos una

noción latente, y que se pierden en el misterio de la Naturaleza, pero lo hace indicando la idea de paso, por tres veces, avivando cada vez más la imagen. Presentada de golpe el efecto lírico no habría sido gradual y casi misterioso: tal como se ha hecho, la idea de que el Niágara es un ser sobrenatural, con quien habla el poeta se insinúa profundamente, en medio del desorden magnífico que reina en todo el poema; (desorden que Hugo Blair señala como el distintivo de la oda, género dominante de la poesía lírica, y que el señor Vereá, como lo notaremos á su tiempo, censura al cantor del Niágara.) La segunda vez que la faz del Niágara se deja ver es en estos versos:

Qué voz humana describir podría
De la Sirte rugiente
La aterradora faz?

La tercera, es en los versos mejores de la oda: en ellos aparece *el sublime*.

Abrió el señor su mano omnipotente;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas
Y ornó con su arco tu terrible frente.

Qué imágenes tan poderosas! cada vez que se pasa la vista por esos versos, nuevos abismos se abren á la contemplación del espíritu. Dios abre la mano sobre el Niágara, que se cubre de nubes que se agitan; la voz de Dios suena en las aguas; el arco de Dios, como halo inmenso, está sobre la frente de ese numen, ese genio que es Niágara.

El que piensa y siente de ese modo no es inmodesto porque diga al torrente:

"Yo digno soy de contemplarte...."

El señor Vereá censura de inmodesto ese rasgo, como censura que el poeta haga repetidas referencias a sí mismo. Parece escusado decir que el poeta lírico es el héroe y protagonista de sus versos: que la oda es la poesía subjetiva por excelencia.

Píndaro, Cátulo, Byron; Juan Montalvo, ese lírico de la prosa, viven contemplándose: todo lo que les atañe es asunto de sus versos: el arte tiene esta faz, que no es de lo suyo lo menos palpitante: el malhumor de Cintia es expuesto á la consideración nuestra, á través de veinte siglos, solo porque lo describió Cátulo, el amante.

"Al despeñarse el huracán furioso." Quien más que el señor Heredia vió jamás *despeñarse* el huracán?"

Hay necesidad de refutar esto? Quien no sabe que las palabras tienen sentido propio y figurado? Igualmente fútil es la observación hecha al *retumbar* del rayo. Se trata de ver las cosas científicamente? ¿Qué diferencia hay entre el trueno y suretumbo? ¿No son una misma cosa? Ambas cosas no son el mismo sonido? De todos modos la imagen poética no estriba en analizar el efecto y la causa; sino en reproducir la sensación como se recibe. La impresión primitiva es que el rayo está retumbando en los cielos.

El señor Vereá no ha apreciado desgraciadamente para él la idea de los versos siguientes; su hermosura, su soberbia belleza, su sorprendente frase final:

Yo digno soy de contemplarte; siempre
Lo común y mezquino desdeñando
Ansié por lo terrífico y sublime;
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé; ví al oceano
Azotado por austro procelso
Combatir mi bajel y ante mis plantas
Vértice hirviente abrir, y *amé* el peligro.

Ese *amé* es de las pocas palabras que van penetrando los corazones en todos los tiempos: es en la lírica como en la dramática el "que muriese!" de Corneille. ó el "¡quién te lo dijo!" de Racine.

Sensación profundamente poética es el placer del peligro: lo sienten los héroes, los poetas grandes; Byron pasaba las tempestades en la cubierta de su nave. La frase de Heredia le parece al señor Vereá una "fanfarronada."

"Precipicio es un lugar muy profundo, un abismo, pero el señor Heredia lo volvió patas arriba por que nos habla "del precipicio altísimo".

Un precipicio es *profundo* ó altísimo según que se le considere de arriba á abajo ó de abajo á arriba. El poeta, y en esto una vez más es gran poeta, domina el conjunto del Niágara, como es natural que lo haga un espectador, y describe el cuadro por cualquiera que sea el aspecto que en desorden le ofrezca la inspiración.

Los grandes poetas dicen tanto en tan pocas palabras que no sin razón se inclinan sobre sus palabras numerosos comentadores para desentrañar y poner de manifiesto las mil facetas de su pensamiento que es diamante fabuoso. Heredia ve la faz del Niágara, el borde oscuro del precipicio, las olas que chocan enfurecidas, que pasan de mil en mil *como pensamientos* y que se hunden entre espuma y fragor.

"Qué voz humana describir podría
De la Sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente
Que en vano quiere la nublada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo.....mil olas
Cual pensamientos, rápidas pasando
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan
Y entre espumas y fragor desaparecen.

Todo esto es magnífico, y sólo puede superarlo lo que sigue, cuyas frases sorprendentes, impregnadas de poesía profunda, son del tesoro de la literatura universal.

Ved; llegan, saltan!....."el abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados."
"Crúzanse en él mil iris," "y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo."
En las rígidas peñas
Rómpele el agua; *vaporosa nube*
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
"Luminosa pirámide levanta",
"Y por sobre los montes que le cercan
AL SOLITARIO CAZADOR ESPANTA."

El mundo de impresiones, recuerdos, deseos, desahogos, cóleras y ternuras que Heredia hace desbordar con fragor en su verso, que suena como una urna de roca golpeada por una mano de hierro, guarda una grandiosa correlación: aquí el desorden lírico del espíritu del poeta, allí el fracaso eterno de aquel mar de agua á que la naturaleza dió por ley el cataclismo, la ruina, el pavor, el relámpago de los iris gigantes, el trueno de las aguas y de los abismos, la tempestad presa y desatada en el vasto cauce y el clamor con que le responden las selvas en los alrededores.

Quien leyendo á Heredia no comprende lo que será el Niágara no piense en ir á visitarlo: el Niágara debe verse á través de Heredia.

"El poeta, como buen cubano, echa de menos las palmas de su tierra pero se consuela recordando que "á la terrible magestad" del Niá-

gara no le conviene "otra corona que el agreste pino". Esta no es cuestión de gustos sino de climas. Si la gran Cascada estuviera en los trópicos le convendría igualmente bien una corona de palmeras."

El comentario es pedestre: la ironía con que está escrito corresponde á la vanidad del español que ve en Heredia un colono amigo de la libertad. Cuando Heredia se lamenta.

..... ay! desterrado
Sin patria, sin amigos.....

El señor Vereá dice riéndose:
—"Ya apareció aquello,"

y se ve que la pluma del crítico es un recorte del chirrión con que el negrero ó el plantador de tabaco y caña de azúcar fustiga al esclavo americano.

Este recuerdo á mi pesar me viene....
Nada, oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible magestad conviene.

Y á Cuba, los resplandores de la diadema de la Libertad.

F. Gavidia.

TRES CORONAS,

En el Album de Patria.

Ví la corona de un monarca augusto
Cuyo cetro robusto
Sobre imperio brillante se extendía.
Era un sol esplendente,
Y en torno de su luz giraba ansiosa
Multitud reverente.

Ví la corona de laurel de un bardo
Frente á la real corona altiva alzarse
Y el Monarca inclinarse.
Era un bardo celeste
Cuya voz penetraba en lo más hondo
Del pensar,—y que hacía
Sublime melodía
Sonar en lo interior del pensamiento.

Ví después un angosto
Obscuro calabozo, que encerraba
Un mártir de su patria y de su idea.
Encima dibujaba
La tenue luz crepuscular, un nimbo;
El nimbo parecía
Cual corona de espigas y de abrojos,
Y al verlo, caí de hinojos.

¿Qué la imperial diadema, qué los láuros,
Junto á la espina aguda, ensangrentada,
Instrumento y clamor del sacrificio?.....
Sombras no más; del alma
Estrella fija sea
El mártir de su patria y de su idea!

ANTONIO ZAMBRANA.

La situación política de Europa.

(Para "Costa Rica Ilustrada".)

HABLANDO del porvenir de Europa y de la probabilidad de una guerra europea, se oyen muy á menudo discursos sobre la venganza de los franceses, sobre la restitución de Alsacia y Lorena etc., y no pocos se apresuran á probar irrefutablemente su imprevisión é incompetencia políticas con una execración cordial contra el diablo, encarnado el Príncipe de Bismarck, quien en su locura teutónica quitó á Francia dos provincias después de haber ganado una docena de grandes

batallas, prohibiendo así que volviera el continente á la paz tan indispensable para el porvenir y bienestar de los pueblos trabajadores. De vez en cuando un predicador en desierto objeta que si Bismarck no hubiese asegurado la frontera Oeste de Alemania por la conquista de las dos provincias antiguamente alemanas, la guerra de venganza habría sido inevitable, puesto que el ardor y el fervor de parte de los franceses no han sido aplacados sino por la dificultad de un ataque imprevisto, gracias á los nuevos límites; que en fin, los benéficos resultados de una paz de veinte años se deben á la política juiciosa de Bismarck. Con tales disputas y contiendas continuadas sobre cuestiones de voces se olvida completamente que el porvenir de los pueblos europeos no depende tanto de Carnot ó Boulanger, ni del Emperador Guillermo I, como de la buena ó mala voluntad de otro factor, del autócrata de todas las Rusias. Nos parece interesante echar una mirada retrospectiva á la historia de esa nación en los últimos años.

Hace como diez años que Alejandro III subió al trono de sus antecesores para dar á la administración de su vasto Imperio una dirección muy diferente de la de su padre y cuyos frutos ya van madurando. El carácter de su gobierno es lo que los franceses llaman el *dien gouvernement éminent national*. Los concejeros á quienes prestó oídos el joven Emperador, los Tolstoi, Pobedonoscerov, Katkoro, etc., acabaron por inculcarle la firme creencia de que todas las desgracias de la Santa Rusia hasta la muerte trágica de su padre, provenían de las reformas liberales de este monarca. Alejandro, pues, se empeñó en deshacer las reformas por parte para volver al sistema de Nicolás I. Siendo cada restauración siempre más consumada que el mismo original vemos también que, en este caso se ha introducido el mismo sistema aún con algunas agravaciones. Otro rasgo característico de cada restauración es que de la situación cambiada se han adoptado ciertas instituciones para la restaurada; de modo que encontramos cierta libertad de la prensa, completamente discordante con la índole despótica de la administración actual. Alejandro II al suprimir las leyes restrictivas contra la prensa pretendió abrir trance á una discusión sana de las instituciones interiores, de las reformas judiciales, de la administración, etc. etc. Pero en este, como en casos parecidos, la prensa libertada de repente tomó otro rumbo, haciéndose eco de las tendencias opuestas, una propulsora y otra retrógrada, de un partido revolucionario y otro reaccionario. Como siempre la prensa reaccionaria, [cuyo jefe indisputable fué el recién muerto Katkow], anduvo aparentemente con más talento y más consecuencia; pues siempre ha sido más fácil ser reaccionario cabal que revolucionario consumado, pues esta perfección generalmente se parece tanto á la locura que sólo pocos se atreven á alcanzarla. Apurado por las solicitudes á quienes parecía demasiado todo favor y por los ataques de enemigos no reconciliados aun cuya desconfianza ó mala voluntad solicitaba más pérdidas de las que ya les había concedido; Alejandro experimentó la suerte de todos los gobernantes que preten-

dieron aflojar el despotismo, acabando por ser objeto de odio enconado de ambas partes: el Emperador más benévolo y benigno que jamás había ocupado el trono de Zares, fué objeto del asesinato más atroz y nefario del nihilismo. ¿Qué mucho, que la extirpación de todas las innovaciones apareciera como remedio único?

Pero no sólo había experimentado Rusia un ensayo de un cambio interior bajo Alejandro II, sino que también su posición europea había mudado completamente. Conquistado por tercera vez, digámoslo así, el reino de Polonia y con las adquisiciones hechas en Asia, el Imperio había alcanzado aquella extensión exorbitante que tiene hoy día; pero al mismo tiempo los pueblos alemanes habían recobrado su independencia nacional, formando el Imperio Aleman, teniendo el génio más grande del siglo, al frente de sus negocios.

El Príncipe de Golchakow, despreciando sobre manera aquél Imperio, intentó dar un paso adelante hacia la realización de los votos de todos los rusos, la conquista de Constantinopla. Creyendo poder pasarse sin la ayuda de Alemania, habiendo encontrado la de Francia, este diplomático tuvo la pena de ver efectuarse la asociación de los imperios centrales de Alemania y Austria á quienes creía haber separado para siempre y la de verse obligado por Inglaterra y Austria á ceder la mayor parte de sus conquistas en Turquía. Hasta entonces Rusia, es decir, las clases gubernativas de esta nación, habían creído que en el Oriente podían proceder á discreción y sobre todo que podían indicar á gusto la hora para implantar la cruz rusa en Constantinopla: luego supieron que había incurrido en un error gravísimo.

Estas dos experiencias de la política interior y exterior sugirieron á la administración de Alejandro III este doble fin: restauración del antiguo poder del Czar en el interior, y en cuanto al exterior, reforzamiento de las fuerzas militares hasta el punto de que ninguna nación europea fuera capaz de contrarrestar la voluntad de Rusia. Con tanta perseverancia se han logrado estos dos fines, que toda Europa hoy lo advierte aunque con desagrado. Los resultados de una década de trabajo esmerado son hoy día muy notables y los amenazados no tienen tiempo que perder para combatir el peligro. El requisito indispensable de cada guerra, las buenas condiciones financieras, ya Rusia se las ha sabido proporcionar: el país que casi siempre estaba con dificultades en la hacienda pudo socorrer al Banco de Inglaterra para aplazar la crisis financiera en Londres á fines del año pasado!

Ya queda sentado que la política neorusa ó neonicolásica ha conservado una institución de Alejandro II, á saber, la libertad de la prensa aunque muy modificada. Hay muchos diarios bien dotados que la censura no molesta, á condición de que no digan palabra alguna sobre la administración civil.—Son órganos que sirven exclusivamente para el entretenimiento de las clases ricas é ilustradas que actualmente dominan el país. La prensa discurre desenfadada sobre las rela-

ciones exteriores y da al orgullo ruso dulces estímulos con el sentimiento premeditadamente aparentado de ser tan poderoso para no guardar consideraciones algunas al resto del mundo. Excluida de estos discursos queda sin embargo una cuestión. Aumentados lo más posible todos los recursos financieros y comerciales y acabados los armamentos militares del país ¿débase proceder primero á la conquista de Europa, del Sur y de Asia ó derrotar antes el Imperio Aleman? La resolución sobre este punto queda reservada á la decisión absoluta del Czar.

Aunque la decisión todavía no es urgente, pues aun queda mucho que hacer para dar el golpe decisivo con esperanzas de buen éxito, y el mismo Czar está exitando, comprendiendo que la catástrofe será de consecuencias trascendentales tanto para la nación, como para el trono con todo eso la fuerza promotora de la política rusa, el panstavismo no está quieto: su trabajo minero y revolucionario se ve en todas partes, en Bulgaria, en Rumanía y en la misma Turquía. El agente de la propaganda revolucionaria en Constantinopla se hizo notar sobre manera en los últimos tiempos. No sólo ha logrado invitar á los armenios á poner á la Sublime Puerta en el dilema, ó autonomía ó revolución, sino que ha persuadido al Patriarca á pedir de la Puerta la rescisión de la institución de los obispos búlgaros en Macedonia. Negada esta solicitud, el Patriarca Dionicio ha renunciado su puesto, naturalmente, sólo en apariencia pues sigue inspirando á sus sustitutos á discreción. Por consiguiente, estos han ordenado la clausura de las iglesias griegas, ó sea la supresión del culto según el rito griego. Esto no es más ni menos que provocación del pueblo griego á revolucionar contra la Puerta. Así parece ya que estuviésemos en víspera de una guerra turco-rusa, pues es imposible que Rusia deje sin socorro á sus feligrines de Turquía.

Mientras tanto la prensa rusa toca en tono pacífico. La causa de este cambio es doble, Rusia está preparando por tercera vez la introducción de una nueva arma de fuego para su ejército. El fusil francés de Lebel, que se adoptó en lugar del de Berdan, va á ser sustituido por otro nuevo de invención rusa, cuya construcción, como se entiende, es secreto inadivisible. En tiempos de tales trastornos no se puede iniciar una guerra. Pero, apesar de las palabras dulces como la miel, sigue la transformación de las Provincias contiguas á Austria y Alemania en un gran campamento guerrero. Además iba á hacer el Czarewitz su viaje por el mundo, pasando por el canal de Suez á las Indias. A causa de las diferencias con la Puerta no pudo embarcarse en Constantinopla. Viajando por Austria tuvo que saludar al Emperador. La entrevista se efectuó el 4 de Noviembre en Viena y la diplomacia rusa hizo las veces de buen amigo de Austria, la cual recibió al Czarewitz con todos los honores debidos á su estado oficial. Políticos soñadores y sin juicio ya habían deducido de este hecho la posibilidad y hasta la probabilidad de una coalición franco-rusa-austriaca, para "romper la hegemonía alemana." Tales

fantasías provocaron á risa á cuantos las oyeron.

Así queda aun aplazado el día que teme toda Europa. Todavía cree Rusia tener el poder de determinar ella misma este día, aunque la alianza con Francia tropieza con dificultades cada día más visibles, dificultades que el Gobierno francés se empeña en velar ó siquiera esconder. Sin embargo, se ven también señales de un mejoramiento. Julio Ferry, el único político francés que tuvo valor de iniciar una liga con Alemania, con oposición del populacho parisiense de blusa y chaleco, acaba de entrar en el Senado. *El Figaro*, periódico que tiene una tirada diaria de unos 80,000 ejemplares, dijo francamente que en estos pocos meses de cooperación con Alemania, Francia ha ganado inmensamente más que en veinte años de gritos de venganza. Pero estas son señales aisladas y no es seguro todavía que hasta los círculos gubernativos de Francia hayan cambiado de opinión.

Europa está en duda perfecta sobre su porvenir. Lo único que se puede asegurar sin riesgo de ser desmentido, es que la guerra próxima é inevitable será de dimensiones nunca conocidas y de consecuencias trascendentales para la cultura y el progreso de los pueblos civilizados.

OGAL.

EL SARGENTO GÉRARD.

III.

La noche del 19 de Setiembre de 1870 fué de zozobra y alarma para los parisienses. La noticia de la derrota había cundido por todo la ciudad exaltando sobre manera los ánimos. En algunos lugares hubo escenas violentas. Varios oficiales que acompañados de mujeres de mal vivir reían y bebían al rededor de las mesillas enfrente de los cafés. Fueron insultados por el pueblo, indignado por tan intempestiva alegría. Una casa estuvo á punto de ser saqueada porque en sus balcones aparecían luces sospechosas que al decir de los transeúntes, eran señales para comunicarse con los enemigos.

A las diez se cerraron todos los establecimientos, pero las calles continuaron llenas de gente que andaba azorada é inquieta, prestando oído atento al menor ruido lejano, dando por seguro un ataque repentino de los prusianos. Los pronósticos salieron fallidos. Al amanecer recobró la ciudad la confianza y su buen humor característico.

Muy temprano circuló el parte oficial de la batalla, en el que se leían aquellas célebres palabras que los parisienses convirtieron en un chiste: "algunos de nuestros soldados se replegaron con lamentable precipitación." En adelante, para decir que un soldado no tenía mucho de lo que sobraba al Cid, decían: "Sería capaz de replegarse con lamentable precipitación."

Emilio Gérard, retenido por el servicio, no pudo ir á la calle Méchain; pero á las cuatro de la tarde se encaminó al Luxemburgo, y allí, sentada en un banco, encontró á María ocupada en dar de comer á los gorriones que confanzadamente venían á pararse en su mano. La acompañaba la modista, hermana del sargento, la cual á la llegada de éste se

escurrió discretamente y se puso á tirar bolitas de pan á los cisnes de los estanques.

El semblante del joven revelaba profunda satisfacción cuando después de saludar á su amada exclamó:

—Ahora si que va de veras chiquita—mañana haremos una salida seria por el lado de Villejuif y ajustaremos cuentas con esos condenados prusianos.

María palideció intensamente.

—Mañana.....?

—Sí; pero no tengas cuidado: volveré sano y salvo como ayer ¡mil truenos! pues no faltaba más.....! ¿crees que me voy á dejar ensartar en la lanza de un uhlan como si fuera una rana? Volveré, sí señor, volveré y cuando se acabe la guerra me casaré con una personita que me quiere un poquitin. Pero... ¿lloras?

Dos lágrimas se deslizaban silenciosamente por las rosadas mejillas de la niña.

—Emilio, no vayas; qué será de mí si por desgracia..... ¡oh! no quiero ni pensarlo. Mi padre está muy anciano.... yo no tengo más familia que él. Si me falta él, si me faltas tú ¿adónde iré?

El sargento se sintió conmovido.

—No te apenes la dijo; ya que no puedo dejar de batirme, procuraré no exponerme, vivir para tí y conservar sana la pelleja.

Por la frente del mozo cruzó una nube sombría, y por primera vez pensó en las contingencias de la suerte: la idea de que una bala pudiera cortar su existencia no se le había presentado nunca tan horrible como en aquel instante en que veía dilatarse ante sus ojos un porvenir risueño, un mundo de felicidades al lado de aquella encantadora niña.

Para disipar sus lúgubres presentimientos la invitó á dar un paseo en compañía de su hermana.

Una hora después Emilio se despedía de María para volver al cuartel, y las dos mujeres, subiendo en un simón, dieron la vuelta por el Observatorio y se detuvieron en la calle Méchain, á la puerta del señor Lemarre.

Allí María descendió del carruaje y penetró lentamente en su casa. Cuando subía á la habitación de su padre recordó la cita que Emilio le había dado para el día siguiente á las doce, en casa de la modista, y entonces al pensar que acaso aquella despedida iría á ser para siempre, se detuvo en el descansillo de la escalera y prorrumpió en amargo llanto.

(Continuará.)

Dos sonetos.

A Jenaro Ernesto Herrera.

I.

¿QUÉ SE GANA?

¿Para qué el loco afán de amar la gloria?
¿Para qué conquistar fama mentida,
si, en el día fatal de la partida,
La luz se ha de apagar de nuestra historia?

¡No somos más que lodazal y escoria!
¡Ni qué ganamos, al perder la vida,
con que evoque la tierra, agradecida,
por momentos no más, nuestra memoria!

¡Todo es una ilusión! Tanto coloso,
que origen fué de resplandor fecundo,
con su gloria inmortal, ¿qué ha conseguido?

Busque el hombre la dicha en el reposo!
¿Qué vale que su nombre llene el mundo,
Si, cuando muere, todo lo ha perdido?

II.

¿QUÉ QUEDA?

Investiga la mente.....y algo alcanza;
lucha la voluntad.....y algo consigue;
sediento el corazón, solloza y sigue,
y sigue tras la voz de la esperanza!

El hombre así, sobre la tierra, avanza
tras el ideal que su ilusión persigue,
y sin poder que su ansiedad mitigue,
un MÁS ALLÁ por descubrir se lanza!

¡En vano, en vano se desvela y llora!
El pedestal que se formó altanero,
cuando él sucumba rodará perdido!

Los mismos seres que entusiasta adora
sólo le dan, tras el adiós postrero,
un año de recuerdos.....y el olvido!

GERMÁN LEGUÍA Y MARTÍNEZ.

SILVIA.

Novela del señor Pedro S. Lamas.

I.

El autor de *Silvia* se queja amargamente en el prólogo de su novela, de la poca significación histórica que se ha dado al general San Martín, "en parangón con Bolívar", y de que los hechos del gran capitán, permanezcan relativamente en la oscuridad, siquiera para la mayoría de los habitantes de la América Española.

El señor Lamas "en contacto frecuente con hombres cultos, literatos, políticos y periodistas de la América Española residentes en París." (*) Presidente de la *Sociedad Latino Americana* etc. etc., ha resuelto, para rectificar errores históricos y para recordar el rol brillante de los hijos del Uruguay y del Plata en la obra santa de la emancipación, escribir su "novela histórica á lo Walter Scott y á lo Fenimore Cooper."

Empieza:

"La nefasta noche de *Cancha Rayada*, no se había borrado aún del espíritu del General San Martín. El esfuerzo de cuatro años de insomnios, de preocupaciones, de incesante lucha; la paciente organización del ejército; la travesía audaz, gloriosa, de imperecedera memoria de la granítica y escarpada cordillera..... la cuesta de Chacabuco, las legiones de O'Higgins y de Soler, la carga impetuosa bajo las órdenes de Zapiola, de los vencedores de San Lorenzo, el sublime Necochea acariciando la victoria.....

Todo se perdía, todos esos triunfos, todas esas conquistas, todas esas glorias caían de su pedestal para sepultarse como fugaces episodios sin consecuencia histórica bajo la fatídica lápida del olvido!"

¡Y se queja el señor Lamas! Y reconviene á la Historia por el imperdonable olvido de las glorias de los héroes argentinos! Es un ingrato con la historia el señor La-

(*) Entiéndase que el prólogo es escrito por el mismo señor Lamas.

mas; ella á pesar de la creencia del autor de *Silvia*, guarda en páginas de oro todo lo que él dice que está "bajo la fatídica lápida del olvido."

Sigue el autor hablándonos de una noche tempestuosa, noche diabólica, apocalíptica en la que

"á la claridad del relámpago se mezclaba la claridad de la pólvora; y al estampido del trueno sucedían las descargas de la artillería del brigadier Ordóñez, que despedazaba el pecho de los libertadores."

No hay antecedente de que se hubiera empeñado combate alguno; pero sí se comprende que en esa noche, las armas argentinas sufrieron un desastre peor que la misma noche de que el autor nos habla con un espanto cerval, sirviéndole esto último de excusa para no referir pormenores ingratos á su sentimiento patrio y á los fines que se propone perseguir.

Sigamos:

"Noche aciaga entre todas, aquella de *Cancha Rayada!*

"El día antes, el 19 de Marzo de 1818, cerca de la ciudad de Talca, al Sud de Chile, distando sus fuerzas de las realistas apenas legua y media, había dado orden San Martín para que se iniciase la batalla.

"Balcarce al frente de las caballerías, había tratado en vano, retando al enemigo que se realizasen los deseos del general en jefe.

"Osorio y Ordóñez, con conciencia de la inferioridad de los elementos de que disponían, evitaron el encuentro *leal, franco, decisivo*, que les ofrecía San Martín."

Seguramente al lector le sucederá lo que á nosotros, que después de la lectura de los apartes trascritos, quedamos á oscuras y con una confusión de ideas absoluta, porque en veces dice el señor Lamas lo contrario de lo que quiere y debe decir, y en otras dice las cosas muy confusamente.

¿Para quién eran las ventajas si el encuentro se hubiera efectuado, para Osorio y Ordóñez? Entonces nada de extraño tiene que el general San Martín tuviera constantemente noches tan nefastas como la de *Cancha Rayada*, ofreciendo como ofrecía con harta candidez encuentros *leales, francos y decisivos* al enemigo. Qué hombre tan bonazo era el Protector, según el señor Lamas. Bolívar no era tan bonachón así, y eso explicará al señor Lamas por qué su gloria ha rayado tan alto.

Ahora, si el efectuado encuentro, las condiciones de lealtad, de franqueza y de éxito redundaban en provecho de San Martín, ¿cómo habían de aceptarlo esos chapetones que todo serían menos majaderos? Ellos estaban en lo que estaban, y el señor Lamas tiene la candidez de vituperarlos!

"Nunca la victoria *había sonreído más cariñosa* á los soldados de la emancipación!"

Con encuentros leales, francos y decisivos, no comprendemos cómo *sonría cariñosa* la victoria, aunque no nos parece tan raro que ella *sonría cariñosamente*.

"Vino la noche.

"Noche oscura y tormentosa."

Como aquella de *Cancha Rayada?* Uy, qué miedosa noche!

"El vencedor de Chacabuco, sobrecogido por un secreto presentimiento, ya *envuelto por las tinieblas*, dió orden para que los campamentos de los patriotas modificasen sus posiciones á fin de burlar al enemigo, en caso de que éste, seguro de ser vencido á la luz del día, intentase una sorpresa favorecido por la oscuridad intensa de aquella noche tenebrosa en que la naturaleza parecía haberse confabulado con los adversarios de la libertad."

Esto de sobrecogerse un jefe por secretos presentimientos, despierta en el ánimo del lector la idea de algún sentimiento vergonzoso que, aseguramos no inquietó nunca, al gran capitán, que fué siempre un valiente, aunque en la novela se nos presenta como un *Juan Lamas*. Todo consiste en que el autor tiene un modo muy particular de decir las cosas, y lleva con frecuencia el ánimo del lector á donde aquel ménos lo piensa y mucho menos lo desea.

"Y el presentimiento se realizó.

"Y los españoles consiguieron desorganizar y poner en fuga las fuerzas de O'Higgins y de San Martín."

Sabe mi buen lector que hasta ahora el señor de Lamas no ha presentado á sus héroes sino como derrotados, maltrechos, y pasando noches cruelísimas, tenebrosas; y sabe además, que no nos ha hablado de un solo hecho de armas en que haya brillado la gloria para las huestes argentinas. Seguimos copiando sin salvar nada.

"Fué una noche infausta aquella en que *merced á un ardid de guerra*, la inconstante diosa de la victoria, cual *vil ramera*, cual *deidad voluble y caprichosa*, dejó de cortejar á los que peleaban por la justicia y la civilización, para acariciar con sus sonrisas, para iluminar con sus *resplandores de púrpura* y de *gloria* á los que paseaban insolentes por la tierra americana los pendones de la *inquisición*."

No sabemos qué lamentar más en esta infausta noche, tan infausta como otras, si los pícaros *ardides de guerra* de esos desalmados inquisidores, ó la inconstancia de esa diosa—vil ramera—que los acariciaba con sus sonrisas y los iluminaba con sus *resplandores de púrpura*. Ah manchegos!

"Tres años habían transcurrido.

"San Martín se encontraba vencedor y omnipotente como padre y como libertador en las riveras del Rimac.

"El virey vencido y depuesto sin combate, se había internado en las sierras, buscando asilo entre las escarpadas breñas de la agreste serranía huyendo de las legiones vencidas en la adversa noche de *Cancha Rayada*.

"Veleidades de la fortuna!"

El señor Lamas tiene en muy poco ó nada los esfuerzos del ejército que comandaba San Martín cuando achaca á las veleidades de la fortuna el éxito de esa campaña; pero es cierto que de no hacerlo así, cometería una inconsecuencia con lo que dijo antes: que el virey había sido depuesto sin combate.

¿Por qué no mencionará el señor Lamas la parte principal que en esta campaña tuvo el ejército colombiano?

¿Por qué en Lima luce en la principal plaza la estatua ecuestre del Libertador Bolívar?

Veleidades, veleidades de la *vil ramera*.....

"Pero la lección había sido tremenda.

"San Martín no olvidaba en medio de sus *triumfos*, entre la algazara y la embriaguez de las huestes que después del desastre había conducido á la victoria, no olvidaba el vencedor de Maipú la noche tormentosa en que rodeado de tinieblas había asistido á la traición, á la perfidia del brigadier Ordóñez, JUSTIFICADA empero por las leyes de la guerra."

Hase visto? Otra vez aquella noche tan oscura, tan medrosa al cabo de tres años! Cuánto preocupa al señor Lamas esa noche. Y no le falta razón: la derrota que allá en *Cancha Rayada* tuvieron las armas argentinas fué para acabar casi con ellas. Primero nos habló el señor Lamas de ardid de guerra, y ahora dice que fué "*traición, perfidia*, empero justificada por las leyes de la guerra!" El señor Lamas se sulfura contra el pobre brigadier Ordóñez, al cabo de más de medio siglo, quizá porque no presentó á San Martín un encuentro *decisivo* y *leal* como los que éste sabía presentar según nuestro ilustre *novelero*, émulo de Scott y de Cooper.

San Martín no era un conquistador: su misión era muy distinta: venía á libertar, á emancipar, á regenerar naciones sometidas al yugo feróz é implacable de la metrópoli española.

Vendría á todo eso que dice el señor Lamas, y á más, aunque nosotros no lo sabemos: lo que sí sabemos es que el Protector del Perú, según la novela, no consiguió hacer nada aquende los Andes, como se verá luego. Y lo podría haber conseguido por medios pacíficos, esto es, con la propaganda y las buenas razones? Oigamos á *Silvia*:

"El cabildo de Lima había sido autorizado por el libertador para abrir salas capitulares á fin de que los vecinos manifestasen *libremente si se adherían ó no* á la independencia y á la revolución.

"Quería San Martín que el pueblo comprendiese que su misión era de paz, de regeneración, de libertad, de orden.

"Deseaba San Martín poner de relieve, con el fin de impresionar favorablemente á la población, *prácticamente las doctrinas* de la *autonomía*, de la *independencia* y de la *libertad*, buscaba que se produjese en la imaginación del pueblo el *contraste* entre el sistema colonial y el *sistema revolucionario*." (*¡Risum teneatis!*)

Pues el general San Martín *buscaba que se produjesen* imposibles más imposibles que *Silvia* consiga lo que pretende su desgraciado autor. Obras son amores..... Bolívar no usó de esas artes tan metafísicas en la obra de la emancipación de un mundo; y por eso, á despecho del señor Lamas, el mundo lo apellida grande y glorioso libertador.

F. F. Noriega.

(Continuará).

A la Palma

(DESPUÉS DE 22 AÑOS DE AUSENCIA.)

I.

Como *maga* recatada
en su *toca* de capullo,
de las olas al arrullo,
te contemplo reclinada
en fresca arena;—

como Susana en el baño
bella, esquiva y pudorosa;—
date la espuma hervorosa
su blancura, y són extraño
de amorosa cantilena
en la orilla te adormece.

¡Oh! Palma esbelta y galana,
con tu garbo de sultana
orgullosa me parece
que te engrías;
y dando suelta á las brisas
de pinos tu cabellera,
te cimbreas placentera
con desdeñosas sonrisas
que envidian gnomos y huries....

En tu regazo de amores,
formado de verdes lomas,
arrúllanse las palomas
y danse besos las flores
sin desdoro;
y sobre tu erguida frente
el Sol sus primeras tintas,
como un manojo de cintas,
deslíe en haz esplendente
de topacio y grana y oro.

Te dan sus trinos las aves
con sus lengüillas arpadas
en las selvas encantadas
que al aire en efuvios suaves
prestán olores
de poleo y de tomillo,
y pomas de oro lucientes
rivalizan atrayentes
por su morbidez y brillo
con tus flores.

Yo sé que cantar no puedo
tu hermosura, Palma mía,
y, aunque mucho hiciera, haría
sólo mi lira un remedo
de tus gracias;

mas, el ansia el pecho mueve,
y á las cuerdas de mi lira
esta brisa que suspira
arrancar un canto debe:
por más que estén muy reacias
y mohosas del desuso:
que por algo Dios en ellas
ilusiones y querellas
en mejores días puso
por millares.

Oye ¡oh! Palma, patria mía,
sus desacordes sonidos,
y tus cármes floridos
denles gracia y armonía
á mis cantares.

II.

Del Atlántico mar bajo las olas
las máyades jugando á tí llegaron,
concha de Venus, y en tu borde á solas
un día descansaron.

Del hesperio jardín dieron las galas
á tus hermanas antes, y al mirarte
junto al Ocaso, do sus blancas alas
no había extendido el arte;

pusiéronse á formar una guirnalda
de rosas sin abrir, que entretejieron
con una cinta de brillante gualda,
y así te la ciñeron....

Llegó el abril, y las menudas rosas
al beso de Favonio el áureo broche
rompieron, su perfume presurosas
esparciendo en la noche.

Las gotas de rocío á la mañana

en su cristal guardaron el aroma,
y el Sol su esencia, en nube muy liviana,
dió de nuevo á la loma.

Y el arroyuelo bullidor de plata,
do se miraban ávidas las flores,
murmurando llevó la esencia grata
en giros por el valle encantadores.

Todo es perfume en tí desde ese día,
del alto monte al llano,
cual si Jove te diera, oh patria mía,
las menudas migajas de ambrosía
que caen de su mano!

III.

Quien á tí llega, si pesares trae,
siente que se aminora su desvelo,
pues el hondo infinito de tu cielo
el alma lleva á Dios, y cuando cae
sobre tus verdes prados la mirada
viene entre gasas de ilusión velada.

Tu ciudad, al Oriente, el primer rayo
del Sol en luz argéntea ilumina,
y al trasponer tu última colina,
dándole á tu horizonte de soslayo,
ves allá á Tenerife y la Gomera
que arden de luz en la purpúrea hoguera.

Tu Dehesa gentil, tu Miraflores,
tu Mirca y tus dos Breñas y tu Cumbre
compiten en belleza con la lumbre
que en el iris difunde sus colores:
tú eres sin duda, oh Palma, el Eliseo
que soñó de los dioses el deseo.

Salve, encantada Isla, do se encierra
de mi alma el hechizo más preciado;
salve, y si el pecho late alborotado
cuando vuelvo á pisar tu amada tierra
tras de ausencia tan larga, me perdona,
que el sentimiento mi entusiasmo abona.

Yo no puedo ante tí más que sentirte,
anonadarme en tí, ser una yedra
que, arraigando en los huecos de la piedra,
se abraza á tu alto tronco hasta oprimirte,
oh Palma bien amada, y que en tu cima
vive con tu calor y en tí se anima.

Mi nombre oscuro morirá en tu ausencia
sin que haya en la memoria quien lo grabe
ni quien mis cantos lea ó los alabe;
que áspero y duro me hizo la experiencia.
lejos de tu sombrío, en que ora siento
que aun vive para tí mi pensamiento.

Lejos de tí, á la muerte y á la duda,
á lo que no es verdad, canté insensato;
y tarde, oh Patria, en mi retorno acato
cuán hurraño el espíritu se muda
cuando pierde los bellos ideales
de juventud, y en cambio alienta males,

decepciones, miserias, espejismo
del alma ensimismada y combatida
por las infames luchas de la vida
que libran la ambición y el egoísmo....
Oh Palma, vuelvo en mí; pero es ya tarde:
¡tiembla en la empresa el corazón cobarde!

¿A dó mis ilusiones se partieron?
¿dó está de inspiración la llama ardiente?
Crepúsculo sombrío de Occidente
los hielos de la tarde me trajeron,
y no ví más allá; fué mi horizonte
la silueta sutil del alto monte.

Aquí otra vez, contemplo cuál se agranda
el espacio infinito de la idea
que nueva luz y nuevos mundos crea,
y ¡anda! le dice Dios, y surge y anda
eternamente al ideal prescrito
que cual ella y cual Dios es infinito.

Pues que lo manda Dios, oh patria, sea!
Tú, inspiración me das, y yo te canto:
tu dulce nombre bendecido y santo
mi norma y guía; tu salud, mi idea!
Acaso así, podré alcanzar un día
unir mi nombre al tuyo, oh Patria mía!

IV.

Sobre el océano azul,
espejo de tu belleza,
retratas con gentileza
la blanca toca de tul
de seda, que tu cabeza

entre rubores recata,
y el seno que hincha el amor,
suelto ya el broche de plata,
en el cristal se retrata
tinto también de rubor.

El torso mórbido, y lleno
de deseos y de afán,
las suaves curvas del seno
copiando en la onda están;
y en tu regazo se van
de amor á morir las olas,
murmurando barcarolas
que Anfitrión no escuchó,
y por cantarte á ellas solas
el placer les inspiró.

Tu leve pie en el mullido
lecho de movable arena
luce más blanco y pulido:
como la Venus de Gnido
guardas actitud serena,
elegante y reposada;
y los copos de la espuma
queriendo lamerte, en suma,
al fulgor de tu mirada
deslíense en leve bruma.

Tú á la linfa transparente
prestas con tu imágen vida,
y á tu encanto sometida
celos de sí misma siente;
que, al pintarte en ella, vente
el Sol y el aire y los cielos,
y en sus amantes desvelos
por ser tuyas sólo, á solas,
sólo en las sombras las olas
vivirían sin recelos!

V.

Ya oigo el eco que las notas
de mi lira
por doquiera repitiendo
dulce va:
sus cuerdas creía rotas
y me inspira
la ilusión que aun conmoviendo
mi alma está.

VI.

La visión de la patria idolatrada
sobre el bendito altar del corazón;
el himno que del alma enamorada
arrancó esa visión:
¡Patria! ¡salve mil veces!
pues, después de cantarte me pareces
objeto de más alta inspiración.
Salve, oh Palma, que el fuego de mi pecho
revive en la ceniza de la edad:
el cuadro de mis versos es estrecho
para la inmensidad
del amor que te debo;
pero también es tuyo el estro nuevo
que ha puesto en este canto tu beldad.
Salve, campo de gratos devaneos
que soñé en mi riente juventud:
aun guardo en mi panoplia los trofeos
que en rica multitud
á mis afanes diste:
¡salve! Palma, por fin, que en mí pusiste
del amor á la patria la virtud!

1890.

JUAN F. FERRAZ.

El chiquillo espía.

*
*
*

(Continúa.)

¿Te deja vizco el ver esto? Pues si quie-
res, te diré dónde puede encontrarse.

Una vez concluída la partida, le llevó á
un rincón de la plaza y le propuso que le
acompañase á vender periódicos á los prusia-
nos; se ganaban treinta pesetas por viaje.—
Al pronto Stenne rehusó muy indignado; y

por primera providencia permaneció tres días seguidos sin concurrir á la partida. ¡Tres días terribles! Ni podía comer, ni lograba dormir. Veía por la noche multitud de galochas á los pies de la cama y monedas de plata muy relucientes que caían una á una sobre su lecho. La tentación era muy poderosa. Al cuarto día volvió á Chateau d' Eau, tornó á ver el de la blusa azul, se dejó seducir.....

Ambos salieron al amanecer de un día de nieve: llevaban al hombro sacos de lienzo y algunos periódicos ocultos en sus blusas.— Cuando llegaron á la puerta de Flandres rayaba el día apenas. El grandullón cogió á Stenne de la mano, y acercándose al centinela-un valiente sedentario, que tenía la nariz amoratada y aire de buenazo,-le dijo en tono lleno de humildad:

—Bondadoso señor, déjenos Ud. pasar. Nuestra madre está enferma, papá ha muerto. Vamos mi hermanito y yo para ver si en el campo recogemos algunas patatas.

El mocetón lloraba; Stenne, muy avergonzado, bajaba la cabeza. El centinela los miró durante algunos instantes; lanzó después una ojeada hacia el camino desierto y blanco, y después, separándose un poco, "Aver si pasáis pronto" les dijo; y cátales en el camino de Aubervilliers. El zagalón se reía con toda su alma.

Muy confusamente, como en sueños, el chiquillo Stenne veía fábricas transformadas en casernas, barricadas solitarias, adornadas con andrajos mojados, chimeneas altísimas que, rompiendo la niebla, se elevaban hasta el cielo, vacías y descantiladas; de trecho en trecho veíase algún centinela, oficiales abrigados con sus capuchones que miraban hacia abajo con sus anteojos de campo, y tiendecillas de campaña humedecidas por la nieve fundida delante de fogatas que comenzaban á extinguirse.

El mayor de los dos viajeros conocía los caminos, y andaba á campo-travesía para evitar los cuerpos de guardia. Esto no obstante, llegaron, sin que les fuese posible eludirlo, á una guardia mayor de franco-tiradores. Hallábanse éstos adheridos al fondo de un foso lleno de agua á lo largo del ferrocarril de Soissons. Fué en vano que el compañero de Stenne tornase á referir la historia; no se les franqueó el paso. Entonces, y mientras ambos se lamentaban, de la caseta del guarda salió un sargento, viejo ya, todo blanco y lleno de arrugas, que se parecía á Stenne padre.

—¡Ea, chicuelos! [les dijo]. No lloréis tanto; se os dejará ir á buscar vuestras patatas; pero antes entrad á calentaros un poco..... Ese tunantuelc tiene trazas de estar helado.

¡Ah! Stenne tiritaba efectivamente, pero no de frío; era de miedo y de vergüenza. En el puesto hallaron á varios soldados agrupados en rededor de un fuego casi amortiguado; verdadero fuego de viuda, en cuyas llamas procuraban calentar pedazos de galleta, clavados en las puntas de las bayonetas. Apartáronse para dejar sitio á los dos muchachos. Para matar el gusano, les dieron un poco de café. Cuando estaban bebiendo llegó á la puerta un oficial, llamó al sargento, habló con él en voz muy baja, y se alejó precipitadamente.

—Muchachos [gritó el sargento, al entrar, lleno de satisfacción]: esta noche *tendremos baile*..... Han sorprendido el santo y seña de los prusianos. Creo que esta vez vamos á quitarles ese endiablado Bourget.

Estas palabras produjeron una explosión de bravos y de risas. Bailaban unos, cantaban otros, blandían algunos sus bayonetas—

sables, y aprovechando aquel tumulto los muchachos desaparecieron.

Salvada la trinchera, no se veía más que el llano y una larga muralla blanca, agujereada por troneras. Hacia la muralla dirigieron sus pasos, deteniéndose de cuando en cuando para fingir que estaban recogiendo patatas.

El chiquillo Stenne no hacía más que decir:

Vamos á volvernos..... No vayamos allá.

El otro se encogía de hombros, y seguía adelantando. De repente oyeron el *tric-trac* de un fusil que alguien montaba.

—Bájate,—gritó el guía; y al mismo tiempo se echó él al suelo.

Ya tumbado en tierra silbó. Otro silbido respondió al suyo sobre la nieve. Los jóvenes adelantaron arrastrándose. Delante de la muralla, y á flor de tierra aparacieron dos bigotazos amarillos bajo una gorra mugrienta. El grandullón saltó á la trinchera, y en un segundo se halló al lado del prusiano.

—Es mi hermano,—dijo señalando á su compañero.

El pobre Stenne era tan pequeño, que el prusiano al verle soltó la carcajada, y tuvo que tomarle en brazos para que se hizase hasta la brecha.

Al otro lado de la muralla había terraplenes extensos, árboles cortados, agujeros negros, abiertos en la nieve y en cada agujero la misma gorra mugrienta y los mismos bigotes amarillos que se reían viendo pasar á los muchachos.

En un rincón una casa de jardinero, acasamatada con troncos de árboles. La planta baja estaba llena de soldados que jugaban á los naipes, y que en un fuego hermosísimo aderezaban la sopa; sentíase el agradable olor á berza y á tocino; ¡qué diferencia entre aquello y el *vivac* de los franco-tiradores! Arriba estaban los oficiales; oíaseles tocar el piano y destapar el *champagne*. Cuando los parisenses entraron fueron acogidos con gritos y vítores de contento. Entregaron sus periódicos y después se les dió de beber y se les hizo hablar. Todos aquellos oficiales tenían aire de vanidosos y malvados; pero el grandullón les divertía con su jerga de arrabal y su vocabulario de carretero. Los oficiales prusianos se reían, repetían aquellas palabras después de él; se revolcaban con delicia en aquel lodo de París, que allí les llevaban.

Stenne deseaba hablar también, probar que no era una acémila; pero había algo allí que le producía embarazo. En frente de él permanecía, separado de los demás, un prusiano más viejo y más serio que los otros y éste leía, ó, para ser más exactos, fingía leer, porque sus ojos estaban clavados en Stenne. Había en aquella mirada fija ternura y reproches, como si aquel anciano tuviera en su país un hijo de la misma edad que Stenne y estuviese diciéndose á sí mismo:

A. DAUDET.

(Continuará).

Confiteor.

—Padre mío me confieso de que amo á Luis con pasión y de que en cierta ocasión dejé que me diera un beso.

—Hija mía ¿estabas loca?

—¡Padre estaba enamorada, y yo no sé que oleada de fuego subió á mi boca!

—Dejar darte un beso!

—Sí

y aun fué mayor mi malicia,

pues recibí su caricia.....

—¡Y qué

—¡Que se lo volví!

—¡Volvérselo! ¡Maldición!

¡Te enloqueció Satanás!

—Yo intenté volverme atrás, mas no quiso el corazón!

—Me entristeces, hija mía:

¡infeliz de la mujer

que se olvida del deber

y del corazón se fia?

—Y el deber, cuando se quiere,

¡No es adorar con locura

á quien nos ama y nos jura

que por nosotros se muere?

—¡Quién fia de un juramento?

—¡Quien de un juramento vive.

—Niña, el hombre los escribe

muchas veces en el viento.

¡Ay de la que sin maldad

á un hombre falso se entrega!

—Y ¡cómo iba, estando ciega,

á buscar yo la verdad?

—Mira, hija mía, el deber

es una copa de mieles,

que tiene al principio hieles

muy amargas al beber.

El mal es copa de cieno

que el néctar cubre, hija mía:

por los bordes, ambrosia,

y por el fondo, veneno.

—¡Pues así, Padre, así es

el amor por que me muero;

dulce, muy dulce, primero,

pero ¡qué amargo después!

—La copa del mal apura

la humanidad sin embargo!

—¡Quién va á pensar en lo amargo

cuando prueba la dulzura?

—Cruel error!

—¡Muy cruel!

¡Mas se evitaba el error

si la copa del dolor

tuviese en los bordes hiel!

M. J. ALMODÓBAR.

ELLOS.

Cuelga tan sólo del ombú, en la loma, una postrera ráfaga de-luz, y se entreabre el lucero de la tarde, cual flor de nieve, sobre el campo azul.

La noche baja á la hondonada: en ella rueda el carruaje donde van los dos, y cuanto más la oscuridad los cerca hay en sus almas claridad mayor.

En vano el día de la tierra inclina al horizonte la inflamada sien, cuando el amor, crepúsculo divino, comienza para el alma á amanecer.

A los astros que brillan en el cielo ni una mirada fujitiva dan, porque asomados á sus ojos viven donde hay estrellas que relucen más.

Se alza una nube en el confín lejano como presa de súbita inquietud, á ella vuela el lucero de la tarde, abierta el ala de serena luz.

Inflamado relámpago en su seno salta y la baña en vívido carmín; el temeroso enjambre de los seres fija con ansia la mirada allí.

Y ambos siguen inmóviles, absortos, envolviéndose en mutua claridad: ¡qué importan los relámpagos del cielo si el alma de ellos irradiando está?

Yo, solitario, al borde del camino los miro, melancólico, pasar, y contemplo las nubes y los astros..... porque no tengo sobre el mundo más!

RAFAEL OBLIGADO.

Tip. Nacional.